



Pregón 2013



# Pregon 2013

Manuel Gallego Arroyo

**H**ermano Mayor, Junta de esta Muy Ilustre Ferrososa y Antigua Hermandad, Cofrades, Sacerdotes, Autoridades, Conciudadanos, Fieles, Amigos, Familia. Es para mí un motivo de orgullo pregonar las Fiestas Patronales en honor de Nuestro Padre Jesús del Perdón, un privilegio. ¡Qué voy a decir! Pero es motivo, también, de responsabilidad que a pocos toca y por lo mismo encarece mucho. Que nos pone en el candil de la ejemplaridad que marcará todo un trecho de vida. (Uno no puede sacudirse el acontecido de haber pregonado las más singulares fiestas de su localidad). Y estas cosas producen vértigo. Además, sólo lo encarecido nos pone en deuda, ejemplar deuda. Hoy me muestro contento no obstante de estar en deuda con todos vosotros, en deuda con Manzanares, en deuda con Jesús, porque las deudas se saldan con el agradecimiento. Por eso, Hermano Mayor, Junta de Gobierno, agradezco que se haya tenido en cuenta mi persona para llevar a cabo esta grata y agónica, sí, agónica tarea. Gracias también Oscar por tus palabras, preámbulo de emociones, gracias a todos por vuestra asistencia, es más, gracias por vuestra existencia.

## FLUENCIA, "MENESTEROSIDAD" Y ESPERANZA.

Fluimos. Es verdad que nuestras vidas son como ríos, tal cual cantara Don Jorge Manrique. O mejor que ríos, ríos afluentes que venimos de otras vidas, la que una vez nos dieron y no elegimos y con la que contamos como con un caudal regalado, ahora mío, y que al poco, porque esta vida es un poco, daremos sin tener en cuenta apenas lo que damos ... Sí, somos como ríos, como arroyos, corrientes y, en efecto, nos vamos dando. Y somos fluentes porque todo fluye en realidad. Con ello, el todo, y con ella la realidad, nosotros.

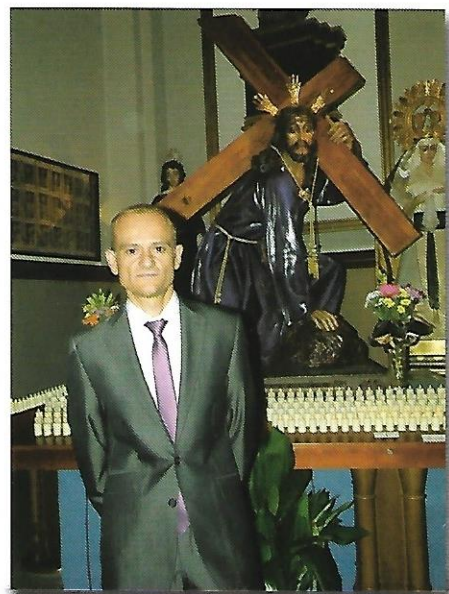
Y así es que amamos, o más bien creemos amar, porque lo hacemos con la insustancialidad de los mortales. Nos consuela sin embargo saber que Él ama, ama de veras. Y pasamos de tal manera sólo porque Él permanece, siempre está. Esperamos nada más porque Él nos ha llamado. Y fluimos, sí, como ríos, siendo Él la fuente perpetua, la fuente dimanante que nos alimenta. Nos iremos algún día; Él quedará. Y porque sus valores son intemporales y los nuestros insuficientes, menesterosos, hacemos congregación. Él, Jesús, encarnado, Nuestro Padre, el del Perdón. Nosotros, carne también. Venido Él a la carne de Manzanares y soporte de las insuficiencias de la carne de este Manzanares.

Es verdad, no queremos pasar, deseamos ser, consolidarnos, yo y tu, nosotros, y por eso, porque no nos

conformamos con fluir, con sólo fluir, estamos hoy aquí, tratando de consolidarnos, o de consolidar algo, que es lo mismo.

De esto es de lo que yo quisiera pregonaros hoy, del algo, de este "algo" del que todos sabemos y vivimos y que ahora pretendemos consolidar; quiero redundaros, pues, entre otras cosas, que porque fuimos o somos, necesitamos.

Así es. Estamos aquí en aparente quietud, en supuesta atención, sentados, pero en realidad fluyendo. Van y vienen nuestros pensamientos, y nos dejamos tomar, o no, por ellos, por esta, por aquella imagen. Apenas controlamos nuestro pulso, el corazón anda a rienda suelta por sus prados y la sangre corre por nuestras venas. Escucháis estas palabras y ya se van, se alejan, apenas son recuerdo y dejan tan solo como un aleteo de sensaciones, huellas por las que queremos volver a atraparlas. Y si las alcanzamos, ya no serán las mismas y serán recuerdo, y no hay, ciertamente no hay, dos recuerdos iguales. Cada vez que recordamos, es decir, traemos de nuevo al corazón, reconstruimos, y por lo tanto, aun no queriendo, mentimos. Esta es nuestra naturaleza, la naturaleza que nos hace –menesterosos más que mentirosos–. ¡Qué hermosa palabra esta de menester, menesteroso, "menesterosidad"! Porta algo de nuestra insuficiencia, de nuestra sustancia mortal. Mas este fluir no es una muerte que mil muertes se me hacen, un dejar de ser a cada instante, sino muy al contrario, es un continuo llegar a ser, somos de insistencia jóvenes, jovencitos deseosos de que llegue, que llegue lo que ha de llegar. De manera que nuestro fluir hace de todo una espera, es decir, una esperanza... y nos pasamos los días esperando en el umbral de la vida, como ahora, ahora mismo esperamos... la siguiente palabra. Es la espera, la menesterosidad la que nos abre a la alegría y a la melancolía, pero sobre todo a la melancolía que tan mala prensa tiene en estos últimos tiempos, tiempos de tráfago, de vitalismo, de juventud y reverberaciones, de desarrollo y progreso. Melancolía que yo creo que es el temple fundamental del ser humano, el sentimiento más radical, el sentido letal de la existencia de los hombres y de las culturas. Creo, incluso, que la expresión de





la alegría se fundamenta sobre este campo de la melancolía que nuestros tiempos pretenden olvidar, y que sin tristeza no puede haber alegría.

Ocurre que alguien ha querido enseñarnos a no ser menesterosos, a creer que, incólumes, no necesitamos de ayuda, que somos autónomos, que hemos de ser duros como dura de corazón es la piedra.

La espera, la menesterosidad, la ligera alegría, la apesadumbrada melancolía lo que hacen es revelarnos nuestra libertad. Que somos libres aunque estemos obligados a fluir; que gracias a esta obligación podemos, aunque sea un poquito, reconducir nuestra fluencia, ir haciéndonos camino al andar. Pero no olvidemos, el camino que se hace, se desconoce. Nadie controla su futuro, ni lo conoce, ni lo sabe. Esto es también la menesterosidad. Conviene tener por ello una fina, una finísima sensibilidad inteligente, porque la inteligencia ha de ser sensible, si no, no es inteligente, así que es mejor hacerse el camino con caricias y con besos, un camino epidérmico, de tacto, de sensaciones. Las piedras son otra cosa. Los duros de corazón no solo no sienten es que no se sienten. ¡Triste caso! Fluyen sus caudales como torrentes ciegos que no saben a dónde irán a parar.

Esto es lo que dejamos a fin de cuentas, el aporte de nuestro caudal. Si somos siempre jóvenes porque no sabemos qué nos espera en el camino que nos tenemos que hacer, también es verdad que nos hacemos viejos porque nos vamos dando. Nos vamos dando en los hijos, en la familia, en el trabajo, a nuestra ciudad, con nuestros conciudadanos. Vamos aportando un caudal, nuestro caudal a la vida de todos. Y esto es de una responsabilidad tremenda, pues es aquello de lo que solo yo puedo responder, y sobre lo que todos, ciertamente todos, tienen derecho a preguntarme algún día. Respondemos con nuestro fluir y somos responsables no ya del mismo, sino de lo que con él damos, estamos dando o pretendemos dar. También somos responsables de cómo lo damos. Recordemos, besos y caricias. Es difícil que de la piedra brote agua.

Nos ha tocado vivir tiempos ingratos, hemos mamado de los odres de la moderna intelectualidad la leche de la ingratitud, y consideramos, creemos que nuestra libertad es intocable, que somos individuos, mónadas libres, átomos con sus propias leyes y que lo que viene detrás, lo que estuvo siempre, lo que es de otros no merece la pena si no me merece la pena. Es triste que muchos hayan creído que esto es la Ilustración, o que en esto consiste la liberación...

Esto no es verdad si es verdad que el hombre ha menester. Y el hombre ha menester, os digo. Pero fijaos que cuando decimos "ha menester", porque es menesteroso —aquí la magia de la palabra— estamos diciendo en rigor que sí, que es frágil, sí, indigente, sí, necesitado, contingente decían los escolásticos, vamos, criatura... pero también estamos diciendo que esta criatura tiene que hacer, que ha de hacer cosas, hacer algo, hacer, que

es, fundamentalmente un caudal que se lega con la responsabilidad de sus actos. Insisto, cuanto hacemos es nuestro legado, nuestro caudal, lo que dejamos. Fijaos que ya no estamos en los tiempos de la transformación, de la opulencia modernizadora, nuestros tiempos son ya los del reciclaje, tiempos más pendientes de lo que se deja y de su posible aprovechamiento. Esto es responsabilidad, y porque el ejercicio de la responsabilidad, de aquello de que yo respondo es tan grande, el hombre ha menester sobretodo de dos cosas. Ha menester de Cielo y de Tierra, al menos, en nuestro caso, de Tierra, y me explico.

#### **LA TIERRA, EL DOLOR y LA INTEMPERIE.**

Supongo que habréis contemplado alguna vez el manto morado con que el azafrán silvestre viste nuestros campos cuando ya se abren las puertas del Otoño. Remontan los caminos, las veredas, las cañadas. Aterciopelan el paisaje y le ponen tinte de melancolía, anuncian el mosto y pregonan. No podrá decirse entonces que estas flores, el colchicum autumnale, que esta frágil flor, nace. Yo quisiera demostraros que no, que la flor no nace, que no nacen sus curiosos y lábiles pistilos, estos pétalos casi de papel translúcido, el talle pálido y el delicado cuello... sí, acaso, que vienen a la luz paridas con el dolor de la tierra, de esta tierra, nuestra tierra; un dolor que ya nos resulta insensible, esto es, sin sentido. Como opulentos y como modernos, como "maquínicos" casi, ejercitados en la propensión de los vitalismos y de la alegría dionisiaca, abrazados a la modernidad, hemos desterrado de nosotros todo aquello que pueda resultar doloroso, viejo, y lo que es aún peor, también cuanto a ello suena y cuanto pueda recordárnoslo. Sin embargo la esperanza, hemos visto, nos pone en situación ante la melancolía, ante un cierto dolor, y quien se niegue a sentirlo en sí, se niega en cierto modo a sí mismo. Es que todo aquello para lo que carecemos de sensibilidad, creedme, carece de sentido, es sin sentido, es locura, quimera, monstruo, por muy racional, eficiente y demostrable que sea. Requiramos esa sensibilidad inteligente; en verdad este es nuestro menester, y en este menester hemos de educar a nuestros hijos.

Pues bien, el corno de esta planta frágil, efímera flor, ha de romper la tierra y venir al mundo con esfuerzo. Buscará la luz y asomará su frente al cielo... ¿a causa de qué queremos quitar sentido al dolor? ¿Qué es este venir con esfuerzo? ¿Qué es este parir con dolor? Es más, ¿qué es venir? Preguntamos porque hemos olvidado la tierra, a la madre, la parturienta tierra que año tras año nos regala esta manifestación. ¡La tierra! ¡Y la tenemos tan cerca! Si hubiese que definir incluso lo manchego habría que decir que lo manchego es tierra, tierra a manos llenas, madre de lo frugal que tan bien supo distinguir en sus breves relatos el tomellosero García Pavón. Tierra que se recorta contra el horizonte, beso teológico y espiritual que cantara el agónico Unamuno. Tierra cobijada bajo el cielo que es su cúpula y al tiempo su



intemperie. Lo que hace el silvestre azafrán es nada más venir a la intemperie.

Venimos a la intemperie. Nos echan del vientre materno, emanamos, y nos obligan a fluir. Esto es estar bajo el cielo, esto el salir de la cueva, el venir a la ciencia y al conocimiento, en fin, ser expulsados del Paraíso y andar errantes por el mundo, recorriendo tierras, haciendo geografías y mapas, orientándonos en nuestra desorientación. Somos caines inmisericordes buscando donde morir en paz, con la paz y en la paz, somos caines que deseamos radicar y echar raíces. No conozco yo hombre sin raíces. Todo hombre habla ya una lengua; y la lengua es raíz... Todo hombre ama, y amar es raíz. Si existe el hombre vilano, el hombre errante, el caín absoluto, el hombre libertario, abstrusa, absolutamente liberado, ése es el hombre enfermo, el hombre desasido, el hombre desensibilizado. El errante es el hombre que busca su raíz y como el vilano espera hallar la tierra feraz, la tierra prometida, la tierra suficiente en que descansar.

Por sentir de esta manera las cosas es por lo que en cierto modo somos menesterosos, fluimos, sí, irremediablemente, y deseamos asideros, y soñamos, y rezamos e imaginamos. Claro, cuando nos hallamos en la intemperie, fluyendo como locas escorrentías, no nos queda sino agarrarnos a la cultura que es la tierra, o al cielo que es consuelo divino. Y por eso somos fundamentalmente cultura, no exclusivamente historia como dijera Ortega y Gasset, porque la historia no es sino una manifestación de la cultura. No, somos cultura, somos tierra, somos tradición, somos tradencia, transmisión, y "transmitimos tradentemente" sin poder evitar renovarnos. Decía Zubiri, de quien es la alocución "transmisión tradente", que el hombre tiene una dimensión individual, una dimensión social y una dimensión histórica. Y decía que por su dimensión social el hombre está vertido a los demás. Que por su dimensión histórica el hombre transmite, no solo los acontecimientos o vicisitudes, sino el testimonio, el sentido y la realidad. Somos más que historia, intrahistoria, acaso en esto acertó Unamuno, y es la intrahistoria lo que a fin de cuentas buscamos, necesitamos y nos sostiene, por mítica que sea. Porque el mito, el símbolo es tan real como los hechos, o más.

Pues bien, esta tierra, esta cultura, somos todos. Nosotros, conciudadanos, manzanareños, devotos de Nuestro Padre Jesús tantos, sí, conformamos la tierra. Y Jesús, este rostro veraz y humano que todos sentís y por el que estamos aquí, es además el símbolo, y es el vínculo extremo que este pueblo tiene todo, todo él con el cielo, transmitido por la tradición tradentemente. En esta rodilla clavada en tierra, en esta mano posada sobre la roca está el beso del que hablaba Unamuno, el beso del horizonte manchego, el beso de nuestras dos grandes menesterosidades, la del cielo y la tierra, la de la cultura o los otros, la del consuelo o Dios.

Pero yo os dije que iba a hablar sobre todo de la tierra

y a ello vamos. Tal vez hemos sido demasiado injustos, ingratos con la tierra. Hemos depositado toda nuestra fe en la semilla y hemos hecho de ella la fuerza generatriz, el gen, ¡abstrusa devoción la nuestra por la genética! Tal vez hemos puesto la mente, en demasía, en el ansiado fruto, hemos huido hacia el futuro alocadamente, nos hemos alimentado en exceso de ilusión, que con no ser mala, ciega para el presente, para lo que se tiene, por todo lo que hay que dar gracias. Nos hemos entregado en cuerpo y alma al proyecto, al futuro, al progreso. Nos hemos olvidado de la humilde esperanza. Hemos en fin menospreciado el vientre vivificante, el nutriente, la alimentación, el calor, la oscuridad amparadora, la tempe-rie, el tacto, el sentir y el esperar deleitado. Eso es la tierra, otra cosa que la semilla, otra cosa que el fruto. Tierra sin la cual –madres– habéis de saber que ni hay semilla ni hay fruto. Por eso la tierra es también la carne. Carne, carne y carne. ¿Por qué este miedo a la carne, al tacto, al contacto? En una de sus *Homilias Marianas*, señalaba San Bernardo estas dos hermosas virtudes de la Virgen María, la humildad y la espera dichosa. Virtudes que hoy bien podemos aplicar a Nuestra Virgen de la Esperanza, sin la que, Muy Fervorosa y Honrada Hermandad, no se entiende del todo el perdón, a Nuestro Jesús. La contestación al Ángel emisario que nos narra el Evangelista Lucas: "hágase en mí según tu palabra", la recrea así el Abad de Claravall: "Hágase en mí por el verbo según tu palabra. *Hágase carne de mi carne*, según tu palabra, el Verbo que ya existía al principio en Dios. Te suplico que se cumpla en mí la Palabra, pero no declamada, que es pasajera, sino concebida, para que permanezca..." Nunca olvidemos la carnosidad terrena de la Virgen, del Cristo, de Nuestro Padre y Patrón que surge cual cormo de azafrán del vientre palpitante y puro para venir a ser Nuestro Padre.

¿No adivináis el sentido de esta tierra de que os hablo en la parábola del buen sembrador? Recordémosla a fuer de rozar incluso la herejía: "Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, un poco cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y, como la tierra no era profunda, brotó enseguida; pero, en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron. El resto –concluye Jesús– cayó en *tierra buena y dio grano...*"

Tal vez el platonismo, obsesionado por "la idea", traicionó un tanto la idea, y puso el énfasis en la semilla, la semilla como logos, como luz, como palabra, palabra de Dios y Verbo. Pero la parábola posiblemente va más allá, ya lo anunciaba San Bernardo hablando de la Virgen, carne de mi carne. Forcemos pues esta hermenéutica. Digamos que la parábola del buen sembrador es la parábola del hermoso vientre, de la tierra feraz, de la carne dichosa, de la *en-carnación*. Porque lo que hay que preparar no es la semilla, que ya está dada, sino la tierra que ha de ampararla, esto es, darle cobijo y resguardar-



la de la intemperie. Porque entender es dejarse tomar por la tendencia, ser vientre, ser tierra y en definitiva fluir con responsabilidad libérrima. Es acaso un precioso homenaje, también, éste, a la Virgen, a la Esperanza.

Y claro ¿cómo iba a ser de otra manera? La tierra, daos cuenta, es Patrimonio, esto es, aquel caudal que hemos heredado de los padres, que se supone ha venido con su responsabilidad, que nos ha fertilizado, que nos ha cobijado, que nos ha dado la oscuridad suficiente, que nos ha resguardado del exceso de luz. Este exceso de luz que agosta nuestra inteligencia a la altura nada menos que del siglo XXI. Vivimos en la época del deslumbramiento, de la virtualidad, es la nuestra una ceguera perversa por exceso de claridad. En tanto, la tierra, permanece en la sombra, oculta bajo nuestros pies.

El patrimonio, la tierra, es el legado de aquellos que nos antecedieron, de quienes trazaron nuestras calles, quienes levantaron sus singulares edificios, quienes nos dieron palabras, pensamientos, tradiciones, quienes configuraron nuestro paisaje y le pusieron nombres, dándoselos en cierto modo para siempre. De quienes nos enseñaron a amar a Dios, quienes de pequeños nos mostraron al Cristo Nazareno recorrer estas mismas calles reviviendo así el perdón ante los inocentes ojos. Es por esto que nuestra Calle empedrada siempre habrá de serlo, y ha de ser nuestro río que fluye "Azuer". Y Nuestro Padre Jesús del Perdón habrá de seguir siendo "Nuestro Padre Jesús del Perdón", el del Perdón, el de la mano tendida. Lo que viene de los padres es un magnífico corrector de las exageraciones modernizadoras harto deshumanizadas a veces. Lo que se transmite, lo tradente, la tradición es un amarre, un asidero en nuestra fluencia. Hoy estamos celebrando en cierto modo una tradición, y al hacerla tradición lo que deseamos es transmitirla con toda nuestra responsabilidad, con todo nuestro corazón: un símbolo, un amor, una identidad, un sentir, una lógica, una creencia, acaso una necesidad. Del Patrimonio, el Padre, del Padre el Patrón, he aquí nuestro Jesús, manifestación de Nuestra Tierra, símbolo más allá incluso de la historia, del acontecimiento, del hecho.

Seamos como los más de nuestros ejemplares agricultores, templemos pues la tierra, preparémosla. Esa labor es, más que agricultura, cultura. Brutal cultura, amor por lo nuestro.

La tierra en efecto, es una raíz. La raíz que echará el hombre vilano, la que da descanso a Caín. Y huele a sí misma. Es la gran raíz y tiene el aroma de todos los partos, de todas las lujuriosas fecundaciones. Y ocurre, para nuestro orgullo, que la tierra huele muchas veces a La Mancha y La Mancha huele a tierra. La Tierra es una raíz, sí, la más grande de las raíces porque es madre de raíces, porque arraiga y solo se arraiga en tierra. Yo os pido encarecidamente que la escuchéis, que escuchéis a esta tierra que compartimos, que debemos, tenemos la obligación de amar. Os aseguro que lo que no se ama, no se conoce; que lo que no se ama, no se educa. Pues

bien, yo os digo: Estas fechas han ser las iniciáticas en la educación, el amor y el conocimiento de la tierra.

Dadme tierra  
Dadme tierra  
como a buen manchego.  
Dadme costra y cal.  
Embadurnad aquí  
con la roja arcilla  
sangre que vista mi alma  
como un almagre,  
que la haga cuerpo, carne.  
Hazme, alfarero, destino,  
vasija, recipiente de primaveras.  
Límites quiero  
muro en que arroparme aquí adentro  
a este lado otro  
de vacíos e intemperies.  
Hartazgo de tus frutos  
quiero sentir, Tierra.  
Los aromas robados  
me harán compañía  
y acunarán mi desolación.  
Aceite incorruptible untarás  
en mis ayer  
y pan de vida  
alimentará mi mañanas.  
Ebrios vinos  
alegrarán los cantos  
que ya no me pertenecen,  
cuantos aprendí.  
Dadme al vientre,  
a mi vientre. Dadme a la tierra  
que conformó mi cuerpo,  
al barro  
sobre el que sopló el espíritu.  
Dadme al lugar que soy.

La Tierra nos radica y por lo tanto somos todos. ¿Recordáis ahora cuando os dije que somos menesterosos de tierra y cielo? Del cielo es obvio, necesitamos trascender, arde en nosotros la llama de la trascendencia, de Dios. De la tierra... de la tierra... Pues bien, aquí tenéis la respuesta. Necesitamos de la tierra, nos necesitamos, los unos a los otros, y nosotros a los que vinieron antes, y nos necesitan ya los que vendrán después. Necesitamos la tradición porque es el asidero que nos da raíz; sólo de esta manera hallaremos consuelos y cierto oriente en nuestro fluir desbocado. Ya, ya sé, ya sabemos que la Ilustración llevó a cabo una tremenda revisión de la tradición, denunció en ella exageraciones, privaciones, horribles servidumbres, atisbó la amenaza de una oscuridad perpetua. Animó, pues, de una manera exorbitada a romper las cadenas de lo heredado. Pero ocurre que sin herencia no hay hombre, hay, si acaso, Superhombre, un añorar el vilano por su vuelo, o un amar el cainismo por su huida. Pero no podemos estar siempre en vuelo como los vencejos, errabundos, gritones, desafiantes.



Por eso debemos aprender, aplicando esta sensibilidad de la que os hablo, a renovar la tradición, a cambiarla sin destruirla, a darle raíz sin matarla. Porque en nuestra naturaleza está fluir, y la tradición, la cultura, fluye con nosotros, cambia y ha de cambiar y mudarse (es ley de vida terrena). Esta cultura y esta tradición son nuestros nutrientes. Son las necesidades de nuestra temperie, el cobijo de la intemperie. Por eso, amigos, conciudadanos, autoridades, yo os animo a conocer la tierra, a amar la tierra, a defender la tierra, a renovar la tierra, a conocernos, a amarnos, a defendernos, a renovarnos y esto es amar, defender, conocer y renovar el sentimiento de Nuestro Jesús. En este renuevo, la voz de los padres ha de hacerse oír y ha de servir de oriente. Y la palabra, el logos, ha de enraizarse, cubrirse de tierra, hacerse carne, pura carne. Y así hacer un resguardo, un techo, un hogar. Ha de saberse, por supuesto, criticar, renovar, denunciar; porque solo lo que se mama es criticable, renovable. Y sobre esta voz de los padres, está el Padre de todos, nuestro Patrón que es el gran símbolo, nuestro gran símbolo el que nos hace hermanos.

En cierto modo, hoy celebramos esta hermandad.

Yo quisiera recobraros ahora la ciencia del dolor, para demostraros que como el corno de nuestro azafrán, lo nuevo ha de venir con un cierto dolor, pero un dolor alegre, un dolor que acepta de dónde viene, que ama a la raíz. Porque a veces, cuando la alegría es inmensa, daos cuenta, el ser humano llora, no solo baila y castañetea, se llora de alegría que es el más dulce de los dolores. No somos en exceso efusivos los manchegos. Vivimos más reconcentrados, es nuestra tradición. Pues bien, aprovechando esta capacidad de reconcentración, quisiera que mirarais en vuestro interior y apreciaseis un momento el rostro de Quien hoy homenajeamos, la impregnación de su faz en vuestra alma que es lo que ahora revive en vuestra mente, en vuestro cerebro, revive como una emanación, como un regalo, como una fluencia que viene desde la sinapsis de vuestras neuronas, vuestra más recóndita carne. Ese rostro, miradlo bien, sentidlo, palpadlo con vuestra sensibilidad, es el rostro del dolor, un caso de dolor ligero y alegre. El dolor que busca la mirada, que se encuentra en la mirada, que como el filósofo Martín Buber exorcizara, posibilita el encuentro de Tú y Yo. En esa mirada, en el mirar cuando miramos este rostro doloroso y sereno de Jesús, nuestro patrón, nos hallamos todos, nos encontramos, nos arrimamos, hacemos un *Nosotros*. Y nos cubrimos, nos resguardamos de la intemperie. Este rostro que ha emanado como emana el azafrán silvestre en las austeras tierras manchegas, es nuestro símbolo, es nuestra posibilidad, es nuestra tradición. Son nuestros padres y es nuestro amarre en la fluencia desorbitada.

#### UN PREGÓN, UNA IMAGEN Y UNA SINOPSIS.

Y vayamos dando fin a tan larga retahíla, vayamos desunciendo. Pido disculpas ante todo por esta agonía, ya os lo dije, pero habéis de comprender que aquel que

pre-gona es en cierto modo el que pronuncia el *agone*. Hace más de dos mil años el ordenante de los sacrificios paganos exclamaba esta *agone* para señalar el tiempo del rito. La palabra de hoy inicia el rito de nuestras más señaladas fiestas, más que iniciarlo lo reinicia. Daos cuenta que al re-iniciar, en cierto modo acatamos la tradición, la salvaguardamos pero también la re-novamos. Esto es lo que hace el pregón del *praeconis*, del heraldo que hoy me ha tocado ser como uno de los vuestros, renovar el sentir. He aquí este *praeconium*, este pregón que es mi fluencia en la vuestra. Vaya por delante mi petición de perdón si he sido molesto o he resultado intolerante, excesivo; no habrá posiblemente mejor momento para pedirlo.

Mas quisiera antes realizar un pequeño esbozo de lo dicho, aprovechando la imagen que ya os transmití, la de ese manto amoratado que se extiende por las cañadas que son la historia, nuestra historia hilvanada con la historia de toda la humanidad, pues los caminos, no se olvide, son hilvanes, muros contra la soledad... ay, caminos que llegan hasta esta ciudad en la que ahora estamos, a este recinto en el que respiramos, y desde el que podemos imaginar juntos –yo os invito– que campamos allá, en el allende, al borde de ellos, largos y sinuosos, caminos sin fin, y que contemplamos cómo avanzan hasta Manzanares, ciudad que ha levantado sus piedras de arenisca, tapiales oscuros, rojo ladrillo y el cemento, y el asfalto, las cerámicas, en fin, de piedra opaca y material en la línea del horizonte... pues bien, veamos que este discurrir es, llegada esta fecha, como el manto de este Jesús, manto violáceo de azafrán silvestre, del Cristo de todos los hombres, que levanta su frente ebúrnea, y que mira a la madre tierra y a sus habitantes y los cobija como cielo bajo su mirada. Que se sostiene sobre la piedra, la costra de la que constitutivamente todos estamos hechos: la madre tierra; que apoya su rodilla aceptando el sacrificio y el dolor por todos.

En efecto, fuimos y vamos juntos fluyendo. Nos mueve la esperanza porque necesitamos de agarraderos, somos menesterosos. El cielo, Dios, nos da un asidero. La tierra nos ofrece el otro. Y la tierra somos todos, el que hacemos lugar que nos cobija de la intemperie, el lugar que nos hace humanamente humano el dolor, un dolor, no lo olvidéis, que es el fundamento de la alegría de estas fiestas en honor de nuestro Patrón. Gozadlas pues.

1. Con esto somos conscientes de reducir en extremo y de forma problemática la filosofía de Ortega. Atengámonos no obstante a la siguiente: "El hombre no tiene naturaleza, lo que tiene es historia ..." en *La razón histórica*. O.C. XII. Alianza Editorial. Madrid. 1983. Pág. 237, vid igual pág. 329.
2. ZUBIRI: *Tres dimensiones del ser humano: individual, social, histórica*. Alianza. Madrid. 2006. Cap II, Cap. III.
3. UNAMUNO: *En torno al casticismo*. 1. La tradición eterna Alianza Editorial. Madrid. . 1986. Pág. 33
4. IV Homilía. *Super Missus est*. En *San Bernardo y San Alberto hablan de María*. "Homilías Marianas". Edibesa. Madrid. 2007. Ex pág. 91
5. MATEO, 13, 1-9